

## ELOGIO DE LA BUENA GENTE

por Juan Luis Gallardo

Esa noche de invierno velaban los pastores  
sus menguados rebaños cuando una claridad  
brilló con un revuelo de arcángeles cantores.

Y animó las alturas de aquella vecindad  
deseando paz y gozo, deseando gozo y paz  
a todas las personas de buena voluntad.

Así dice la crónica, la crónica veraz,  
del suceso más grande que registra la Historia  
cuando Dios nació en forma de pequeño rapaz.

Y yo aquí, recordando esa noche de gloria,  
celebro a la persona que se encuentra dispuesta  
a recibir, alegre, noticia tan notoria.

De modo que celebro a tanta gente honesta  
que vive una existencia sin mayor relumbrón,  
de escasa relevancia, rutinaria y modesta,

carente de detalles que merezcan mención,  
en su opaco transcurso de un día y otro día  
con pocos sobresaltos y no mucha emoción.

Celebro en consecuencia a quienes todavía  
velan por sus rebaños en el sur argentino,  
igual que los pastores que en Palestina había.

Celebro al que recorre alegre su camino,  
al hombre responsable que cumple una promesa  
y al obrero que empieza su turno matutino.

Al padre de familia que bendice la mesa,  
al chico que, temprano, se dirige al colegio  
y al cadete ingresado hace poco en la empresa.

Al músico que logra brindarnos un arpeggio,  
al jugador de tenis que acierta una volea  
y al hombre que no goza de ningún privilegio.

A la mujer que tiende un pañal que flamea,  
al recluta apostado que está de centinela  
y al portero que luce su gorra y su librea.

Al que en las fiestas patrias se pone escarapela,  
a la niña que toma sin protestar la sopa,  
al artista que pinta una hermosa acuarela.

Al japonés afable que nos limpia la ropa,  
a las amas de casa que gobiernan su hogar,  
al resero que marcha conduciendo una tropa.

Al piloto de caza cuando va a despegar,  
también a los bomberos en su autobomba roja  
y al policía que nunca se dejó sobornar.

Al prolijo escribano cuando firma una foja,

al maestro de grado que enseña su lección,  
al hombre de carácter que aguanta y que no afloja.

A los guardabarreras y al Jefe de Estación,  
la eficaz enfermera y el atento doctor  
que visita los chicos que tienen sarampión.

Al vecino, al diarero y al gaucho domador,  
al peoncito que cuida los toros de cabaña  
y al mecánico gringo cuando arregla un motor.

Al pescador paciente que sostiene su caña,  
a cada oficinista y a cada secretaria,  
al sufrido inmigrante y al cura de campaña.

He aquí la descendencia, heteróclita y varia,  
de los viejos pastores llegados al portal,  
una noche lejana, azul y extraordinaria,

en que el Hijo de Dios tomó carne mortal  
para librar al hombre de todos los pecados

que trajera consigo la culpa original.

Pero no fueron ellos los únicos llamados  
a saludar al Niño en aquellas comarcas  
donde pronto sus padres serían empadronados.

Porque también vendrían tres piadosos monarcas  
llegados del Oriente, trayéndole presentes  
que llevaban guardados en rebosantes arcas.

Son como embajadores del mundo y de las gentes  
esos reyes astrónomos que llegan cabalgando  
de naciones remotas, de pueblos diferentes.

Son los representantes de quienes tienen mando  
y poder y riquezas y muchos servidores:  
un lucido cortejo los vino acompañando.

Por eso me propongo también rendir honores  
a los que en nuestros tiempos resultan descendientes  
de los Tres Reyes Magos, poderosos señores.

Por lo tanto celebro a ciertos presidentes  
que ejercen sus funciones con acierto y decoro  
y a algunos dignatarios honrados y prudentes.

Celebro a quienes tienen que administrar el oro  
y que jamás se apropian del capital ajeno,  
considerando el robo detestable desdoro.

Celebro la corona y el título del rey,  
celebro a la abadesa que rige un monasterio  
y a los legisladores que elaboran la ley.

Celebro a quien conforma un digno ministerio,  
también al diplomático que sirve a su nación  
y al famoso pesquiza que resuelve un misterio,

a cada futbolista de un equipo campeón,  
al brillante orador de ademán elocuente,  
al capitán de un buque cuando empuña el timón.

Y celebro al científico que busca con su lente  
penetrar los secretos que oculta la materia  
y avanzar impulsado por su instinto y su mente.

Al que tendió los rieles que atraviesan Siberia,  
al que bajó a la fosa más honda del Pacífico,  
al primer cirujano que trasplantó una arteria.

Al investigador de talento específico,  
al gendarme que cuida la línea de frontera,  
al director de orquesta y al escritor prolífico.

Al teólogo que indaga en la causa primera  
tras el signo que Dios dejó de su presencia,  
patente y recatada, esquiva y verdadera.

Y con esto termino pues sé por experiencia  
que resulta una sana medida de prudencia  
del amable lector no agotar la paciencia.

Juan Luis Gallardo

